



"Buenos días, Venezuela", relato de viaje por
Gustavo Labarca Garel, 1967.

Agotada por el trabajo de libertar a los
pueblos, que Bolívar le impuso, casi extinguida
su clase dirigente, Venezuela durante largo
tiempo se sometió a la tiranía de las revueltas y
los dictadores. Llegando a ser uno de los emble-
mas de las repúblicas tropicales que explotaba el
teatro cómico.

Pero no sin algún propósito el destino la
puso físicamente a la cabeza de un continente.

Hay es el gran rompecabezas de los ataques
contra la libertad y punto central donde se
descargan los golpes destinados a abatirla. Todos
saben de dónde vienen esas embestidas, ¿quienes
la organizan y en cuáles hombres asientan otros
el fusil para dispararlos. "Las cadenas vienen
desde lejos" dijo en Cuba un chileno, nuestro
Brama Flores, que allí pudo ver sus eslabones de
ceros y los sufrió.

Pero las mismas "omnipotentes circuns-
tancias" de que está tejida la suerte de naciones e
individuos colocó bajo el territorio venezolano
uno de los mayores depósitos de la riqueza
contemporánea, un tesoro que casi la ahogó en
derroches sin medida, de esos que hacen llegar
fácilmente la corrupción hasta los huesos y
bunden a un país en la opulencia.

La tentación de una esclavitud ociosa y
regalada asaltó a Venezuela. Acaso los profundos
sociólogos, que no escasean, explicarán cómo y
por qué se ha salvado de la deliciosa trampa, del
sueño muerte, del vivir comprándolo todo; ver-
duras, carne, conciencias.

En cierta perspectiva, toma aspectos de
milagro.

Hay el milagro venezolano, fuera de los ya
conocidos, acaso menos misterioso, tal vez más
insólito.

Gustavo Labarca se ha pasado por él,
viendo, observando, informándose, tomando no-
tas, haciendo interrogatorios, compilando he-
chos y estadísticas. Ahora no se hace ni se dice
nada sin números: de allí los juicios brotan.
Unas cifras, unos gráficos, columnas paralelas
encadenadas por el tanto por ciento y la historia
marcha, desafiando al contradictor.

Un diario santiaguino lo envió de correspon-
sal visitante. Si las cosas hubieran caminado
como se debe, su misión se hubiera cumplido a
través de una serie de artículos que se habrían
publicado en la prensa.

No fue así.

Esas mismas "circunstancias", superiores a la
justicia y la injusticia, lo dispusieron de otro
modo y gracias a su intervención en el curso del
devenir tenemos, en vez de una colección dispa-
sa y fragmentaria de apuntes, un libro.

Un grave libro, ligero y sustancioso, optimis-
ta y veraz, amable y objetivo, que se puede leer
e induce a meditar, con el título majadero y
simpático de un saludo a quien despierta: "Bue-
nos días, Venezuela".

En realidad, se trata de eso.

Mientras la pesadilla roja tiene a otras
repúblicas en un hervor caótico del que se
ignora cómo saldrán, Venezuela emerge del suyo
armada de orden fabril, industrial, agrícola, llena
de laborioso ímpetu y capaz de increíbles realiza-
ciones. El clima y los fieles tesoreros la invitaban
a dormir, soñando. Es agradable cerrar los ojos
al futuro cuando el presente nos mece en una
hamaca. Venezuela abrió los ojos no sólo para
ver, sino para prever. A la tarea de contar los

dólares petrolíferos, ha añadido la de producir
esos que no se agotan, que es preciso arrancar a
la tierra con esfuerzo, disciplina, cálculo y ese
don mágico, más raro que todos, privilegio sin
par: el bienaventurado sentido común.

Un don que, para suerte suya y nuestra,
tampoco le falta al viajero observador, que va de
maravilla en maravilla, sin deslumbrarse.

Le sirve su instinto de escritor y el colec-
cionamiento de las palabras.

Los ideólogos las emplean con mitos. En tal
calidad les rinden culto y las explotan, se
proclaman en su presencia y las esgrimen como
arma.

Uno de esos entes de aire que por turno in-
spiran amor, temor, esperanza o ira, cuyo presti-
gio viene de las tempestades, por esencia destina-
do a una vida transitoria, el vocablo "revolución"
ha sido inmovilizado, y convertido en piedra
intocable por la superstición del vulgo. Desde-
ñando el hecho de que una revolución triunfante,
instalada en el mando, deja automáticamente de
ser revolucionaria, se pena de auto-destruirse, se
ha prolongado por artificio su existencia y hay
gobiernos que la ha incorporado a su estatuto
llamándose "revolucionario institucional", que es
como decir revolucionario anti-revolucionario.

¿Hasta cuándo?

Hasta que el buen sentido reclame.

El de Gustavo Labarca se expresa así:

"A grandes rasgos he querido indicar —pág. 47—
cómo Venezuela realiza su transformación al
amparo de la libertad. Me gusta el término
transformación. Llamar revolución a un proceso
de cambios sin violencia me parece un recurso
lírico. Los políticos emplean la palabra revol-
ución porque posee cierta magia. Arrastra a las
multitudes. En algún tiempo, esa palabra estuvo
de moda. Entre 1789 y 1814 hubo una Era de las
Revoluciones: revolución industrial, revolución
agraria, revolución científica. Ahora se habla
impropiamente de revolución democrática. En la
acepción universalmente consagrada, la revol-
ución implica sangre, destrucción real —no simbó-
lica— de lo antiguo, restauración brusca de formas
y fórmulas inéditas. Cualquier transacción, indul-
gencia o alianza representan en sentido revol-
ucionario, rémoras o flaquezas que derivan el
ritmo feroz de la acción. Revolución es, ante
todo, incompatible con la libertad. Toda consulta
se ve amenazada de contradicciones que
la revolución no soporta. Esa es la realidad. Las
acomodaciones hábiles llevan al bizantinismo.
Otra cosa son las "ideas revolucionarias que
pueden asistir o inspirar la acción política".

Pero a los ambiciosos no les conviene el
distingo: quieren la imagen, las palabras, la tea
para sus incendios. El castigo de la realidad es
que acaban creyendo sus afirmaciones. Y la toan
los apistas. ¿No hemos oído que el único deber
de un auténtico revolucionario es hacer la revo-
lución? Hacerla aunque esté hecha, hacerla aun-
que haya fracasado, hacerla por ella misma, no
para remover lo malo y fundar lo bueno, sino
por el gusto de hacerla, casi deportivamente.

A eso conduce la idolatría verbal.

El antídoto —no hay otro— son los hechos,
las máquinas, el trabajo, la producción que
puede contarse, medirse y repartirse, más allá
de los proyectos, las promesas, no lo que se
anunciaba y prevenía, sino lo que está allí,
materializado en abundancia, libre de retóricas
y programas.

La embriaguez demagógica dura un tiempo.
A veces mucho tiempo. En ocasiones lo necesario
para escalar el poder. Pero siempre llega la hora
en que la realidad se cansa y, entonces, ante la
caja vacía, solamente los cerebros vacíos siguen
perorando. Pero éstos no hay esperanza de que
guarden silencio; porque sucede como en la
canción: "cuando el ideólogo se puso a cantar, ni
el mismo diablo lo hizo callar".

Piedra Roja, octubre de 1967.

Buenos días, Venezuela" [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Buenos días, Venezuela" [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile